

El viaje cotidiano

Gerardo Ávila Pardo

Parada de 20 de noviembre a la altura del Panteón Palo verde; levanto la mano y el colectivo se detiene. El mismo viaje todos los días, nunca es igual; me trepo, vistazo rápido, viene hasta la madre, de 10 a 12 personas, saludo a una bola de caras desganadas sin expresión, dos me contestan sin voltear; hay un lugar hasta atrás en el rincón derecho del vehículo, “*permiso, permiso*”, primer contacto con un pequeño mar de rodillas y pies; “*permiso, permiso*”, todos se apretujan entre sí, al fin llego, persona mal encarada y voluminosa no se inmuta cuando trato de acomodarme en un lugar sin haciendo a un lado sus caderotas, quedo sentado a medias recargándole las rodillas al tipo de adelante que no hace mucho caso.

Comienza el viaje, todos nos entretenemos escuchando la conversación de dos señoras que vienen chismorreando de extremo a extremo, parecen ser felices al saber que todos las oyen.

Baja y sube gente sin ton ni son, de pronto algo capta la atención, una chica “bien” sube con cara de: ¿haber donde madre me acomodo?, todos los *weyes* la ven de arriba abajo libidinosamente cuando ella no los mira, se acomoda en la esquina delantera, pasa la emoción y todos vuelven a clavar sus miradas en todos lados, menos donde haya otros ojos.

El mismo viaje todos los días, nunca es igual; afuera hace frío, adentro el amontonamiento produce calor, el calor produce sudor, el sudor produce olor, ¡vaya combinación de olores!: perfumes

baratos, desodorantes, hay que echarse bastante para contrarrestar el sudor pero esto no todos lo saben o no les importa.

El cabrón de la esquina de atrás huele a alcohol, la señora del banquito de enmedio a garnachas, el *wey* de junto de plano tiene dos días sin bañarse, la perfumada del lateral se vació la botella. Los olores se mezclan pero se diferencian entre sí, se sabe cual es cual y de quien proviene pero nadie se acongoja ni le hace caras al del frente.

El mismo viaje todos los días, nunca es igual; hay quien toca el timbre, hay quien pide cortésmente ¡*bajan plis!*, pero hay quien quisiera tocar el timbre y no lo alcanza, tiene que decidir penosamente entre pedirle al extraño de junto ¿si le toca por favor? o levantar la voz desde su rincón, al fin tímidamente dice: “*en la esquina*”, el chofer como que se pasa pero no falta el hombre de voz imponente que ataja: ¡*BAJAN!*, todos nos balanceamos de adelante hacia atrás, baja y sube gente sin ton ni son, continua el viaje.

El mismo de todos los días que nunca es igual, dentro del cercano contacto corporal, entre estrujamientos involuntarios de piernas, brazos, caderas, pechos, nalgas, espaldas y panzas, se encuentra un abismo de impersonalidad y falta de emociones, todo es corporal casi mecánico, todo son sensaciones desatadas sin querer: repugnancia, excitación, estrechez, complacencia, frío, calidez, ¡*Bajan en la esquina!*, al fin.

Esto es todos los días pero nunca es igual. ☞